

EL PELO, ENTRE L’ORÉAL Y GILLETTE

El pelo es un detalle que la gente finge entender.

Lo llaman higiene, estética, identidad, cultura, ritual.

En realidad, no es más que una frontera — entre lo que enseñas y lo que escondes.

Hay quien lo confía al barbero, quien a la esteticista, quien a máquinas modernas que prometen autonomía y perfección. Pero el pelo sigue ahí, terco, recordatorio biológico: eres un animal antes que un ser social.

Y, sin embargo, no es un enemigo. Es un amigo incómodo, un compañero de viaje que te recuerda de dónde vienes. Tiene una distribución casi capilar, un color asignado por tu mapa genético y una historia que no puedes borrar. Ni siquiera quienes padecen alopecia carecen de él — solo lo han perdido por un tiempo que nadie sabe definir.

Pero para entender el pelo hay que volver al origen — allí adonde siempre se vuelve: el ser humano primitivo.

Me lo imagino así, en una escena de cine negro prehistórico. Dos figuras hablan detrás de un muro de hierba. Llega una tercera persona y no sabe distinguir quién es el hombre y quién la mujer. La cara no basta. La cara engaña.

Así que la mujer decide cambiar el destino de su identidad.

Va al río, se mira en el agua y ve una barba.

No le gusta. No la representa. No la distingue.

Encuentra una piedra afilada y empieza a quitarse los pelos, uno a uno.

Descubre que vuelve a crecer despacio — y eso le da una ventaja: no necesita repetir el ritual todos los días. Y descubre algo todavía más poderoso: el hombre la mira de otra manera.

La diferencia se vuelve atracción.

La diferencia se vuelve lenguaje.

De ahí nace toda la cultura del pelo: primero simbólica, luego social, luego higiénica, luego científica, luego ideológica.

Hasta llegar a los extremismos modernos: los que dicen que el pelo te protege de las bacterias y hay que conservarlo; los que dicen que hay que quitarlo para ser aceptado; los que dicen que hay que darle forma para ser deseado.

La verdad es más sencilla: el pelo nace, crece, se curva… y en el punto en que se curva, muere.

Pero la raíz sigue viva, terca, como ciertas ideas que no consigues arrancar ni con fuerza de voluntad.

Y luego está la regla final, la que solo conocen los narradores:

nunca conviertas un rito en un reto.

La diferencia es mínima — apenas una vocal.

Pero lo cambia todo.

Ferdinando